

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8195

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empieza a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que, recibo, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Caumartin, 2. Mr. J. Jones-Tanbourg, Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 186.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MEDIERAS 4.

Viernes 1.º de Marzo de 1939

MORALEJA

Alfredo Vicedo.
Aborreció de muerte el chocolate y como el vicio se le escapó el dedo que lo llegó a caer como un tomate. Viene ya al pobre en forma de chocolate. Le recomendó «EL BARCO DE VALENCIA». Y a tres meses me escriba el padre, que Alfredo, perdiendo el feo vicio que tenía, ha vuelto a recobrar el apetito.

Esto prueba, lector, por vida mía, que aquel que no ha probado a excelencia de las pastas de «EL BARCO DE VALENCIA» es hijo que se está chupando el dedo igual que le pasaba al niño Alfredo.

Los cafés empaquetados y tes de la gran fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido la única medalla de plata en la Exposición Universal de Barcelona, y los chocolates la única medalla de oro.

Representante para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez Risueño, 3, Caridad, Cartagena.

LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

CAPITAL

Rs. vn. 48.000.000 efectivos,
147.251.080 en reserva.

27 AÑOS DE EXISTENCIA Y A VN. 126-245-344-77
abonados por siniestros

Seguros a prima fija contra incendios

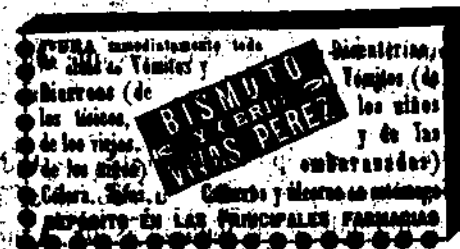
Sucursal en Cartagena.

Vida de Soxa y Compañía.

POSTRE DEL DIA.

BIZCOCHO «PERAL»

En las principales confiterías.



EL PAIS DE LA PLATA.

RELATO DE HACE 5000 AÑOS.

(CONTINUACION.)

Los albores de la mañana comenzaban a alumbrar la sierra de Cartagena cuando se encontraban al pie de sus primeras estratificaciones, bañados por el mar, Aletas y Sérfin con sus fenicios, precedidos y acompañados de algunos caudillos y peones del país, en calidad de guías.

La subida al principio fué fácil y agradable, pero después de atravesar algunas corrientes apagadas de lava, que habían esterilizado a su paso la abundante vegetación que engalanaba las faldas de los montes, ésta llegó a desaparecer del todo y nuestros expedicionarios se encontraron delante de un cuadro desolado y sombrío, que contrastaba fuertemente con los risueños y graciosos que hasta allí venían desmenuzándose.

La acción del fuego se marcaba por doquiera, y la naturaleza parecía muerta y abandonada. Los cerros, las laderas y los valles presentaban tintas rojizas y oscuras, sobre las que destacaban grupos de rocas calcinadas, de un negro azabache; otras partidas por la fuerza del calor mostraban su masa interior de la blancura del mármol. Minerales de varias clases arrojados en es-

lado líquido, por las erupciones; formaban torrentes congelados, y entre ellos y sobre todos abundaban los hierros en enormes estratos.

De pronto los Tarsios, señalando con la mano a una de estas capas.

—Ved ahí el metal que buscáis, dijeron a los Fenicios.

Y con efecto, como incrustados en la masa ferruginosa, aparecían magníficos ejemplares de plata nativa, que conforme continuaban su ascensión los descubridores fueron multiplicándose, hasta que el hierro desaparecía y quedaba sustituido por una capa de plata pura y brillante.

Varias veces se renovó este espectáculo ante los ojos atónitos de los fenicios en las diferentes investigaciones que practicaron en aquellos montes maravillosos. Por todas partes aparecían huellas del fuego subterráneo y arroyos de metal, lanzados por la erupción, entre las lavas y traquitas. Visitaron varios cráteres, que algunos humeaban todavía; y el detenido reconocimiento del terreno les produjo la evidencia de la enorme cantidad de plata que habían vomitado aquellas montañas y de la inagotable riqueza que debían contener en su seno. (1)

Después de examinados los principales criaderos que daban a esta sierra el aspecto fantástico, admirado por los fenicios en la laborada del día anterior, Aletas que como antiguo navegante conocía muy bien los volcanes de la isla de Eolo (2) y el Etna gigantesco, y de consiguiente no podía obscurecerse el origen de los fenómenos naturales que tenía a la vista quiso sin embargo oír las explicaciones de los iberos sobre este punto, y aprovechando unos momentos de descanso que se habían tomado los expedicionarios, sentados sobre un conglomerado de porcelanita de brillantes colores y después de reparar sus estómagos desahucados, entabló conversación con esta pregunta:

—¿Cómo llamáis vosotros a esa cordillera?

—Los montes de fuego contestaron los Tarsios. (3)

—¿Y quien prendió pira tan enorme como debió ser la que produjera los tremendos estragos que contemplamos? replicó Aletas con cierto asomo de ironía.

(1) La antigua tradición de estas erupciones de plata pura formando arroyos nos ha sido transmitida por Aristóteles, obra citada, capítulo 85: Pasidonio, Fragmentos, número 48: Diodoro Siculo, Biblioteca histórica, lib. 5 cap. 35: Estrabon, Geografía, lib. 3 cap. 2; y Ateno, Convite de los sabios lib. 11 Y si en algún tiempo ha podido tenerse por exagerada esta noticia, hoy no puede quedar duda de su exactitud a los que hemos presenciado el descubrimiento de las riquísimas capas de plata nativa, derretida por el fuego, en las Herrerías de Cuevas, después de las inmensas explotaciones verificadas en este país por fenicios, griegos, cartagineses y romanos.

(2) Hoy de Lipari, entre las costas de Calabria y las de Sicilia.

(3) Piryques que dejaron los griegos, traduciendo literalmente a su idioma aquella denominación tan propia y natural. Y como los escritores que han llegado a nosotros, to-

—Es constante entre nosotros dijeron caudorosamente los españoles, por relación transmitida de padres a hijos desde muy antiguo, que en una noche de invierno rigurosa, unos pastores que habían formado su majada en estas alturas, encendieron una grande hoguera, con objeto de calentar sus miembros ateridos. Estaban cubiertas estas montañas por pinos frondosos, jaras, romeros y lentiscos que formaban espesa y no interrumpida selva. Prendió el fuego en la espesura; el viento propagó velozmente el incendio; no había medio de atajarlo; y como tomó tal incremento y el combustible casi no tenía fin, las llamas duraron días y meses, hasta llegar a calcinar la misma tierra y derretir los minerales que encerraba en su seno, los cuales brotaron en líquidos torrentes por las anchas grietas que el fuego había abierto y derretaron por la superficie formando esas grandes masas que tenemos delante.

Eran los pueblos primitivos grandemente aficionados a explicar por símbolos sencillos y al alcance de todos los grandes fenómenos naturales, cuya demostración exigía conocimientos científicos que no podían ser populares, y así Aletas oyó con gusto la narración de los tarsios, que tan perfectamente sea como daba con dicha idea, y formó la resolución en su interior de adoptar aquella explicación cuando tuviese que dar publicidad a su prodigioso descubrimiento. (4) Pero no satisfecho de la completa exactitud de la alegoría, observó a los tarsios.

—Mas cómo pudo el fuego que decís, por duradero é intenso que se quiete suponer, ocasionar la gran perturbación de los terrenos que estamos observando? Mirad los montes dislocados, cerros que parecen hundidos, otros recientemente elevados, grupos de rocas desprendidas de su base y que han rodado hasta las faldas de la montaña. Todo eso demuestra una fuerza impulsiva extraordinaria independiente de la acción del incendio.

Los griegos, usan dicha palabra, nuestros historiadores y cronistas han aplicado sin ninguna crítica la antiquísima tradición, de los montes encendidos y los arroyos de plata, a los que hoy conocemos con dicho nombre de Pirineos, en la frontera de Francia, sin tenerse en cuenta que en ellos nunca han habitado Tarsios ni Tartesios, ni se descubren rastros, ni vestigio de criaderos de plata tan colosales, ni su situación interior se presta a que pudiesen aborir en ellos las naves de los fenicios.

(1) Y bajo este velo nos han transmitido efectivamente los primitivos escritores la noticia de este gran cataclismo geológico que produjo el criadero de plata más rico conocido y que tanto influyó en los destinos de nuestra España, y en la historia del mundo antiguo. Pero si a aquellos gentes familiarizadas con esta clase de símbolos, para quienes la estrella Siria que anuncia la canícula, era un perro que ladraba (Canis mayor) el mismo Dios eterno, Jove inmortal, un príncipe de Creta criado por una cabra, y la saga abstracta del tiempo, un anciano que devoraba a sus hijos, pudo ser admisible, y tan sorprendente el incendio de las selvas y hasta la intervención de los pastores que los prendiesen fuego, como representación material de las erupciones volcánicas que originaron el apareamiento de los metales, lo extraño é inconcebible es que

—Es que al poco de ocurrir éste sobrevinieron terremotos que trastornaron el terreno, contestaron lacópicamente los iberos. (1)

Esta observación que rodeaba la explicación simbólica dejó a Aletas alegre y satisfecho. Y como ya estuviesen los expedicionarios repuestos del cansancio, quisieron subir a la cima más elevada de la sierra para descubrir y estudiar todos los alrededores de aquel afortunado país.

Variedades.

Soluciones a las cinco charadas de El Eco de anoche.

1.º

PELEON

2.º

ESTUDIANTINA.

3.º

NEGRITA

A. C. GILIO.

Nos ha inferido un agravio

Ese autor de gran chirumen

Que por su egoísmo y avaricia

Merece llamarse un sabio.

Y lo será a su entender

Cuando con modestia rara

Desde luego nos declara

Que es un portento en saber.

Confiesa que en las charadas

Aventajó al mismo Arnau...

¿Si él le quitó el Chapote

Qué harán las Luminadas?

Nosotros, algo ignorantes

Y en versos poco al corriente,

Con arrogancia vehemente

Le arrojamus los dos guantes;

Para hacer un escacheque

Y un bizcocho de almidón

O un soberbio pastelón

O un plato de arroz con leche,

Que aquí no estamos en Asia

Donde hay poetisas de fama

Y entre ellas brilla una dama

Cuyo nombre es ATANASIA.

Las Luminadas.

A la charada de Yo.

Ni Rosa ni Inés ni Elodía,

Te hallaron la solución

Y de toda carazon

Te cantan la palinodia.

Las I.

—(v)—

Charadas

1.º

¿Dos una segunda dos?

Primeral

Pues hijo, no me segunda

tercera.

créditos profundos como Florian de Ocampo, doctos como Mariana y con ellos casi todos nuestros cronistas é historiadores tomaban el símbolo caprichosamente al pie de la letra, para provocar las negaciones de los críticos superficiales. Y a guisa hay de estos que desprecian los mitos por lo que en ellos encuentran de inverosímil, sin tomarse el trabajo de penetrar su significación, olvidando aquella máxima profunda pronunciada hace muchos siglos: «Los antiguos dejaron escritos en las fábulas la física y la historia!»

(1) Las palabras que ponemos en boca de los Tarsios son literalmente de Aristóteles en su obra y lugar citados arriba.